

Momias

Manual de buenas prácticas para su preservación

Catálogo de publicaciones del Ministerio: www.cultura.gob.es
Catálogo general de publicaciones oficiales: publicacionesoficiales.boe.es

Edición 2012

Coordinación científica

Nieves Valentín
María García

Coordinación de la publicación

María Domingo

Dibujos

Jesús Herrero

Consejo editorial del IPCE

Isabel Argerich
Félix Benito
Ana Carrassón
Soledad Díaz
María Domingo
Guillermo Enríquez de Salamanca
Adolfo García
Lorenzo Martín
Alfonso Muñoz
María Pía Timón

Corrección de textos

Educación y Patrimonio

Maquetación

Espacio y Punto



MINISTERIO
DE EDUCACIÓN, CULTURA
Y DEPORTE

Edita:

© SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA
Subdirección General
de Documentación y Publicaciones

© De los textos y las fotografías: sus autores

NIPO: 030-12-282-3
ISBN: 978-84-8181-524-5
Depósito legal: M-28734-2012

Imprime: Punto Verde S.A.
Papel reciclado

Prólogo

«Honor a ti, oh Osiris, divino padre mío, que conservas tu ser con tus miembros. No decaíste, no te convertiste en gusanos, no menguaste, no fuiste corrupción ni podredura, ni gusanos. Soy el divino Jepera, y mis miembros gozarán de perdurable existencia. No decaeré, no me corromperé, no me pudriré, no me cambiaré en gusanos, y no veré la descomposición en presencia del dios Shu.»

El Libro de los Muertos. Capítulo CLIII.
Imperio Nuevo

Entre los problemas a los que se enfrenta la moderna ciencia de la conservación, es el de la preservación de los cuerpos momificados uno de los más complejos y difíciles. La naturaleza y la diversidad de los materiales y elementos que se encuentran en un cadáver momificado hacen de su conservación un reto extremadamente arduo. Los diversos tejidos orgánicos, las sustancias empleadas en el proceso ritual de embalsamamiento y preparación para la eternidad, los envoltorios y adornos que formaban parte de las ceremonias y creencias de una civilización, integran una unidad formada por partes muy heterogéneas, que requieren tratamientos y condiciones diferentes para su correcta conservación.

Los restos momificados que han llegado hasta nosotros no son sólo hallazgos arqueológicos que aportan abundante información sobre las antiguas civilizaciones. Son también testimonios de creencias, ritos, religiones y un amplio contexto cultural, donde el patrimonio inmaterial asociado es fundamental para entender el origen, el contexto y la razón de ser de estos vestigios, incluida su persistencia hasta nuestro presente. Pero además, y sobre todo, son restos humanos o de animales que deben ser conservados y tratados con el respeto y con la responsabilidad que merece todo ser que ha vivido en este mundo.

Los hallazgos arqueológicos localizados en Egipto en el siglo XIX dieron origen a numerosas leyendas, a supuestas maldiciones y a una literatura que encontró en Edgar Allan Poe, Théophile Gautier, Arthur Conan Doyle o Bram Stoker autores que utilizaron la curiosidad que suscitaban los restos momificados para crear grandes obras. En el siglo XX el arquetipo de la momia abandonó la literatura para ocupar la pantalla cinematográfica y desde la película muda de Gerard Bourgeois de 1909 hasta las recientes producciones de Hollywood ha protagonizado numerosos filmes, entre los que destacan las recreaciones de Boris Karloff en la película de Karl Freund (1932), y la de Christopher Lee en la de Terence Fisher (1959). Todo ello muestra el interés que suscita el mundo de las momias, en el que se combinan aspectos inherentes al ser humano, como el temor a la muerte, el deseo de prolongar la existencia, y la necesidad de saber sobre nuestro pasado y nuestros ancestros.

El Instituto del Patrimonio Cultural de España quiere siempre extraer de sus actuaciones de conservación y restauración aportaciones que supongan un avance en el conocimiento de los bienes culturales y en los métodos y técnicas de conservación. Por esta razón, la actividad del Instituto tiene siempre un componente de investigación e innovación que

genera conocimiento, el cual debe ser posteriormente difundido a la sociedad a través de jornadas, cursos o publicaciones, como la que ahora se presenta.

Pero esta labor de innovación y avance en el conocimiento difícilmente puede hacerse de forma aislada. Es necesaria la colaboración de diversos centros de conservación y de investigación para poder reunir la experiencia y las miradas interdisciplinares que necesita un tema como el que nos ocupa.

La fijación de criterios adecuados, métodos actualizados y técnicas apropiadas en la conservación y restauración de bienes culturales, es una de las labores más relevantes entre las que realiza el Instituto del Patrimonio Cultural de España, por cuanto sirven de pauta a la actuación de profesionales, empresas y centros públicos. En este sentido se está realizando un amplio esfuerzo por actualizar y renovar los criterios, métodos y técnicas aplicadas a las distintas áreas de la preservación del patrimonio histórico.

En el caso de los restos momificados, la confluencia de aspectos técnicos de conservación preventiva, de restauración, de biodeterioro, junto con la consideración de aspectos éticos, sociales, jurídicos, educativos y culturales requiere, junto a un gran nivel técnico, una extraordinaria visión interdisciplinar para poder dar respuesta a todos los interrogantes que plantea hoy el cuidado de los restos momificados.

Por estas razones es admirable la determinación de este grupo de expertos, procedentes de diversas instituciones y especialistas en muy variados campos de las ciencias experimentales y de las disciplinas vinculadas a la recuperación de los bienes culturales, para poner en común muchos años de experiencia y de investigaciones y poder dar respuesta, a través de este libro, a uno de los más difíciles retos en el ámbito del patrimonio.

Los especialistas que intervienen en este volumen proceden de diferentes campos profesionales

e instituciones diversas. Nieves Valentín es una bióloga del Instituto del Patrimonio Cultural de España que lleva más de veinte años trabajando en la conservación de momias egipcias, guanches y americanas. En el Instituto Getty de Conservación, coincidió con Shin Maekawa, un ingeniero que ha desarrollado los más avanzados modelos de vitrinas y sistemas de control ambiental para la conservación de momias.

Isabel Herráez y Soledad Díaz han formado parte del equipo interdisciplinar de restauradores del Instituto del Patrimonio Cultural de España, que ha trabajado en la restauración de una momia egipcia del Museo Arqueológico Nacional procedente de la necrópolis de Saqqara. María García y Ruth Rufino aportan el conocimiento y la experiencia en la conservación preventiva y la restauración de las colecciones de momias guanches, mientras que las conservadoras del Museo de América Carmen Cerezo, Teresa Gómez Espinosa y Ana Verde, y la antropóloga Beatriz Robledo, transmiten su saber y experiencia en relación con los restos momificados americanos. Esta última faceta es especialmente ampliada con el artículo de Arabel Fernández y Régulo Franco sobre la momia de la Señora Cao, de Perú. El volumen se cierra con el artículo de María Dolores Meneses y Jorge Martín, de la Universidad de La Laguna, sobre los aspectos de difusión y comunicación, que tanta importancia tienen en este ámbito.

Esperamos que este libro sirva para transmitir los avances en el conocimiento de los restos momificados y en los métodos y técnicas para su preservación, exposición y comunicación, con el fin de que este frágil y complejo patrimonio sea correctamente conservado, suficientemente comprendido y adecuadamente valorado por la sociedad.

Alfonso Muñoz Cosme

Director del Instituto
del Patrimonio Cultural de España

ÍNDICE

	Pág.
INTRODUCCIÓN. Glosando este manual	9
Jesús Herrero	
CAPÍTULO 1	
CONTEXTO HISTÓRICO Y MARCO LEGAL	
1.1. Objetos o sujetos. ¿Qué significado tienen las momias?	15
María García Morales	
1.2. Cuestiones éticas y legales. Siempre sujetos, pero aunque fueran objetos tendrían sentido	31
Isabel Herráez	
CAPÍTULO 2	
LAS MOMIAS EN EL YACIMIENTO	
2.1. Conservación <i>in situ</i> para restos bioarqueológicos, óseos y momificados. Preservar desde el principio	45
Soledad Díaz Martínez	
CAPÍTULO 3	
LAS MOMIAS EN EL MUSEO	
3.1. Métodos de evaluación para el diagnóstico de alteraciones	65
Ruth Rufino	
3.2. Valoración del estado de conservación. La importancia de un buen chequeo	79
Ruth Rufino	
3.3. Análisis y control del biodeterioro. A las plagas les gustan las momias	99
Nieves Valentín	
3.4. Las salas de exposición y almacenes para restos momificados. Vitrinas. Análisis de volátiles, ¿por qué huelen las momias?	133
Shin Maekawa	
3.5. Tocar o no tocar, he aquí el dilema. Normas para la manipulación de restos momificados	147
María García Morales	
3.6. Precaución: momias a bordo. Fundamentos para su traslado dentro y fuera del museo	165
María García Morales	
3.7. Los imprescindibles del almacén de momias	177
María García Morales	
3.8. Intervención-restauración. En busca de la eterna juventud	187
Isabel Herráez	
CAPÍTULO 4	
MUSEOS SINGULARES. PROPUESTAS PARA SU PRESERVACIÓN	
4.1. Momias americanas. Contexto histórico y estado de conservación. Museo de América de Madrid	203
Carmen Cerezo, Teresa Gómez-Espinosa y Ana Verde	

4.2. Estudio antropológico de los restos momificados. Museo de América de Madrid	213
Beatriz Robledo	
4.3. Conservación y medidas de protección de los restos de la Señora de Cao, dignataria de la cultura Moche en la costa norte del Perú	219
Arabel Fernández y Régulo Franco	

**CAPÍTULO 5
LA DIFUSIÓN**

5.1. Tecnologías visuales y estrategias comunicativas para difundir el patrimonio. El caso de las momias aumentadas	229
María Dolores Meneses Fernández y Jorge Martín Gutiérrez	

Introducción

Glosando este manual

El temor a lo desconocido, y a todo aquello que una determinada sociedad no ha podido controlar con respecto a su supervivencia, ha impregnado, desde el principio, el espíritu de los distintos grupos humanos que han habitado el mundo. Desde ese confuso temor surgen las religiones con sus dioses. Cuando el individuo no puede dominar o amoldar algo a sus necesidades se inventa un dios a quien puede rogar, pedir e, incluso, chantajear con ofrendas y sacrificios de todo tipo, entre los que no se excluyen los humanos.

Dentro de las religiones, tal vez, el capítulo que más inquietud aporta desde el punto de vista intelectual y emocional, es el de la muerte, el de «el más allá». Precisamente por ese desconocimiento es por lo que todas las religiones y culturas, desde la Prehistoria hasta nuestros días, han tratado de incluir en su estructura la mayor cantidad de certezas posibles. Con ello se intentan establecer determinados hechos como reales, por más que carezcan intrínsecamente de toda posibilidad de comprobación empírica, cual es el caso de una nueva vida, o una resurrección espiritual, pero también física, que siempre suavizará los temores del individuo en mayor o menor medida.

El arte de la momificación surge precisamente en paralelo a la necesidad de dotar de nueva vida, o de vida nueva, al difunto. Los egipcios creían que, conservándolo perfectamente, el cadáver se convertiría en soporte de la nueva existencia en los «Campos de Iaru», algo así como un paraíso en el que se podría vivir sin las preocupaciones y las fatigas terrenales que, en el caso del faraón, beneficiario principal de las técnicas más sofisticadas de la momificación, era ayudado por una legión de *ushebtis* (los que responden), encargados de realizar todas las tareas necesarias para facilitar la vida del personaje.

El cuerpo era necesario para objetivar la posibilidad de vida en «el más allá», vida que se reclamaba y se daba por cierta si consideramos la propia confección y colocación de los ajuares funerarios, más o menos cuantiosos, compuestos por todo tipo de objetos personales

relacionados no solo con una hipotética actividad profesional, sino también con la actividad cotidiana propia de cualquier persona viva. Por lo tanto, era imprescindible conservar dicho cuerpo como depositario y sede de la actividad vital que se pretendía desarrollar en «el más allá».

Así pues, la preparación del individuo para la vida después de la muerte, siendo común a todas las culturas, en Egipto tuvo una importancia capital. Para ellos era imprescindible impedir la corrupción del cuerpo, por lo cual las técnicas de conservación se convierten en un complicado y reglamentado ritual enfocado a posibilitar que los elementos relacionados con la parte espiritual e inmortal del individuo (el Ka, el Ba y el Akh)¹ puedan reconocer el cuerpo del difunto y posibilitar de esta manera la salida al día² y su regreso al sarcófago.

9

¹ En la cultura egipcia, de los seis elementos que componen al ser humano, tres corresponden a la parte física o material del individuo: el Khet (cuerpo), el Ren (nombre) y el Shut (sombra). Los otros tres se relacionan con lo espiritual y son imperecederos. Tales son el Ka, indestructible, encargado de asegurar la vida en el otro mundo y de alimentar al difunto, pues solo él puede deambular por el interior de la tumba y transportar las ofrendas. El Ba, que abandona el cuerpo en el momento de la muerte; puede desplazarse al mundo de los vivos durante el día y regresar a la tumba durante la noche, para lo cual es imprescindible la conservación del cuerpo, pues de lo contrario este ente no tendría reposo en ningún destino y el individuo desaparecería para siempre; el Ba suele ser representado en forma de pájaro con cabeza humana. Por último el Akh (ser luminoso), es la parte espiritual que se relaciona directamente con la divinidad; se representa como un ibis con cabeza coronada.

² La denominación original de lo que hoy conocemos como *el Libro de los Muertos*, es *Libro de salir al Día* o *Libro del resurgimiento con la Luz*, traducción aproximada pero conceptualmente válida y capaz de aproximarnos a la idea egipcia del proceso que conduce a la vida posterior. Comienza a utilizarse a partir del Imperio Nuevo en la zona de Tebas y se considera sucesor de los *Textos de las Pirámides* (Imperio Antiguo) y de los *Textos de los Sarcófagos* (Imperio Medio) donde surgen asociadas las primeras ilustraciones. En él se recogen una serie de conjuros mágicos escritos para ayudar al difunto a superar con éxito el juicio de Osiris y los peligros posteriores en el recorrido por el inframundo (*Duat*), cuyo camino concluye con la salida del difunto al amanecer junto con *Re*, el sol.

Por lo que se refiere a las momias guanches halladas en Canarias, sabemos que fueron tratadas intencionadamente, como las egipcias, con técnicas, aunque menos elaboradas, tendentes a la conservación del cuerpo para posibilitar el acceso a la vida posterior del difunto, aunque no están del todo claros los pormenores rituales y religiosos.

En el continente americano, a su vez, existen varios tipos de momias sometidas a tratamientos de momificación con algunas variantes y enterradas y/o depositadas en grutas de montañas con el cuerpo adoptando diferentes posiciones: fetal tumbado y sentado. No obstante, todas tienen el denominador común de su intencionalidad. En el caso de las momias de Chichorro se trataría simplemente de convertir al difunto en objeto transportable, habida cuenta de las características nómadas de la etnia, cuyas prácticas y técnicas, muy diferentes de las ya reseñadas, son también las más antiguas (7000 a 1500 a. C.). Gran parte de las momias incas, en cambio, son producto de las condiciones ambientales. Se trata básicamente de sacrificios humanos ofrecidos para aplacar a los dioses responsables de ocasionales catástrofes, como por ejemplo terremotos en una zona tan proclive a ellos o simplemente mantenerlos en actitud positiva y protectora hacia al pueblo. La ubicación final de las víctimas, normalmente a gran altura, producía la conservación del cuerpo por congelación o liofilización, aunque lo importante era simplemente la ofrenda humana al dios correspondiente y no la conservación del cuerpo en cuestión.

Preservar para el futuro

Cuando nos enfrentamos como profesionales a la restauración o conservación de una momia, nos hallamos ante un trabajo delicado y muy especial. Ello nos impulsa a atender con rigor algunos otros aspectos relacionados, no solo con el tratamiento específico de los distintos materiales, momias y ajuares, sino también todo lo relativo a los yacimientos de origen y su entorno. Los análisis *in situ* y los datos aportados por los arqueólogos en la fase de la extracción son fundamentales para establecer

las metodologías y pautas que permitan trasladar y manipular correctamente los restos antropológicos desde el yacimiento hasta el museo y su ubicación en las salas, almacenes o en el propio laboratorio de restauración. Las vitrinas que van a contener los bienes culturales deben estar diseñadas y validadas científicamente para garantizar una preservación a largo plazo. De lo contrario, el impacto de los factores ambientales adversos, junto con los contaminantes químicos y biológicos, podrían acelerar un proceso de deterioro irreversible.

Dentro de este contexto se acomete la elaboración del presente manual, con la idea de que no solo tenemos sobre la mesa unos elementos tratables de muy distinta y variada naturaleza, sino que también debemos intentar respetar y entender a las culturas que elaboraron una serie de teorías y prácticas acerca de la vida y la muerte cuyo producto, finalmente, fue depositado ante nosotros.

Según lo expuesto, y antes de abordar cualquier actuación relacionada con estos bienes culturales, es imprescindible tener presente aquellos aspectos éticos y legales en lo que se refiere al tratamiento, conservación y exhibición de restos humanos de diferentes procedencias culturales o étnicas. Muchos de estos cuerpos, sobre todo los pertenecientes a culturas indígenas, fueron extraídos o exhumados de sus lugares de procedencia en tiempos pasados, cuando ni siquiera se valoraban sus derechos legales como personas.

En la actualidad una preocupación por el marco ético y legal lo muestran los acuerdos, más o menos amplios, entre el mundo de la arqueología y los pueblos indígenas, como el firmado en 1990 en el Congreso Mundial de Arqueología, más conocido como el «Acuerdo Vermilion», en el que se recogen algunos aspectos éticos relacionados con la manipulación de restos humanos y su inclusión en diversas colecciones museísticas. También remarcable es la ley promulgada en Estados Unidos «The Native American Grave Protection and Repatriation Act», en la que se imparten normas a los museos para transmitir a las comunidades afectadas toda la información relativa a restos humanos, ajuares funerarios y otros

objetos relacionados, por si estuvieran interesadas en hacerse cargo de ellos. Asimismo, la legislación vigente en Argentina (Ley 25.517 del 21 de noviembre 2001), donde se recomienda a los distintos museos y entidades públicas poner a disposición de las comunidades aborígenes todos estos restos si fueran reclamados y, de no ser así, tratarlos con el respeto y consideración que se brinde habitualmente a los cadáveres humanos. Muchos otros países se han hecho eco de esta preocupación común a todo el mundo de la cultura, no en vano son muchas las connotaciones y matices a considerar sobre este material tan sensible (étnicos, religiosos, rituales, éticos, científicos e, incluso, económicos).

Poco a poco se empieza a perder el estigma del «morbo», producto de una mezcla de ignorancia y miedo, para ser sustituido por un verdadero interés cultural en los visitantes de este tipo de colecciones, lo cual beneficia también la conservación responsable de estos restos humanos, eufemísticamente llamados «materiales biológicos». Los medios de

comunicación, a través de artículos de prensa especializados, elaboración de videos y reportajes audiovisuales de calidad, juegan un papel importante en la divulgación de un patrimonio, que debe integrar la comunicación social de la ciencia, la tecnología y la ética. Con ello se pretende que la conservación y contemplación de los restos humanos vaya más allá de la mera curiosidad.

Finalmente, correlacionando todos los puntos de vista mencionados (arqueológico, antropológico y científico), no podemos prescindir de los datos que aporta a la cultura aquellos aspectos relacionados con los enterramientos y el mundo funerario, indispensables, para completar al máximo el conocimiento de nuestros antecedentes históricos, lo cual nos permitirá, no solo conservar adecuadamente todo este acervo cultural, sino también dejarlo en manos de futuras generaciones en perfecto estado.

Jesús Herrero

Instituto del Patrimonio Cultural de España

11



Capítulo 1

Contexto histórico y marco legal

1.1. Objetos o sujetos. ¿Qué significado tienen las momias?

María García Morales

Organismo Autónomo de Museos y Centros

Área de Conservación Cabildo Insular de Tenerife

maria@museosdetenerife.org

¿Qué es una momia?

Cuando morimos nuestros cuerpos se descomponen en sus elementos más simples siguiendo las leyes de la naturaleza. Este proceso comienza con la auto-destrucción bioquímica de los tejidos, inducida y dirigida por grupos de enzimas generadas en el propio organismo (autólisis), y prosigue con la intervención de las bacterias que causan la putrefacción. Durante el mismo, se desprenden una serie de gases y humores –que no son otra cosa que estas moléculas más pequeñas disueltas en agua– que son los principales causantes del fuerte olor que emanan los cadáveres. Los insectos y otros animales pueden colaborar –desgarrando, comiendo, removiendo– a acelerar la descomposición, pero son las condiciones del entorno, como la temperatura, la humedad, el nivel de oxígeno, la acidez del suelo, las que van a determinar en último término la velocidad del mismo.

Ahora bien, si los tejidos se desecan inmediatamente después de la muerte o, en otras palabras, pierden todo su contenido en agua, la acción de enzimas y bacterias se ve sustancialmente alterada hasta el punto de que la degradación del cadáver

no tiene lugar –o tiene lugar parcialmente– preservándose los rasgos fundamentales del individuo. Este proceso se conoce como momificación y a su producto como momia.

El término momia puede inducir a cierta confusión porque aunque en la actualidad se usa para referirse a todo tipo de cadáver incorrupto, su etimología está sólo asociada a las momias egipcias. Según el diccionario de la Real Academia Española momia procede de la palabra persa *mum*: cera, de la que deriva *mummia*: algo impregnado de cera, y por analogía de asfalto, betún o bitumen. El betún fue profusamente usado en la antigüedad como panacea, pero al ser un bien escaso en la naturaleza los mercaderes se vieron pronto obligados a buscar una sustancia sustitutoria. La encontraron en las momias egipcias profusamente impregnadas de resinas, que al oxidarse habían adquirido una consistencia similar. Fueron los árabes, al denominar *mumiya* a la sustancia usada para embalsamar, los que le dieron finalmente su nombre actual (Aufderheide, 2003: 515-518; Parra Ortiz, 2010: 20).

Aufderheide (2003: 41) distingue entre tres tipos de momificación:

Momificación natural

Es cuando la momificación se produce de forma espontánea, como consecuencia de las características especiales del entorno en el que se realiza el enterramiento que favorecen la inhibición de la descomposición por desecación. Los cuerpos conservados por otras causas naturales, como consecuencia de procesos de congelación, liofilización, saponificación o inmersión en medios acuosos (*Bog Bodies*) no están propiamente momificados, aunque comúnmente se les denomina también momias.

La conservación o momificación espontánea ha tenido lugar en zonas extremadamente áridas, como los desiertos de Paracas Nazca, Arica y Atacama en Suramérica o extremadamente frías como Groenlandia, la altiplanicie andina, la planicie de Tarin Basin en China o las estepas siberianas; o muy ventiladas como las momias Chachapoyas en Perú; o en condiciones

de ausencia de oxígeno y elevada acidez como en las turberas del norte de Europa e Inglaterra.

Momificación natural inducida

El hombre fue desde muy pronto consciente de las transformaciones que se producían tras el deceso y de que estas podían detenerse si se desecaban los cuerpos. Así, de la observación de la momificación ocurrida espontáneamente se pasó a una búsqueda intencionada de la misma. En un principio beneficiándose de las condiciones naturales que la habían propiciado, como por ejemplo enterrando en las arenas del desierto –como es el caso de las momias predinásticas egipcias– o en cuevas secas y bien ventiladas –como en el de algunas momias guanches– (Aufderheide, 2003: 41; Parra Ortiz, 2010: 62-64; Rodríguez Martín, 1992: 151-159). Más tarde desarrollando



Figura 1. Momia guanche encontrada a finales del siglo XIX en San Andrés, Tenerife. Varón entre 25-30 años. Fotografía: Gonzalo M. Ruiz. OAMC.

distintos procedimientos físico-químicos conducentes a la desecación de los tejidos blandos y a su preservación (fig. 1).

Momificación artificial

Las referencias más antiguas que se tienen de momificación artificial se remontan al 5000 a. C. a la cultura Chinchorro. Este pueblo de pescadores-recolectores establecidos en la franja costera de Arica, en Chile, desollaban y descarnaban los cadáveres de sus difuntos, preferentemente de niños, para reconstituirlos después volumétricamente con una pasta de barro y cenizas, y la ayuda de palos y cuerdas de totora. Una vez reconstituidos se les volvía a colocar su propia piel, reparada con piel animal allí donde se hubieran producido pérdidas, y se les cubría el rostro con una máscara (Arriaza, 2003).

Sin embargo fue en el antiguo Egipto donde la momificación artificial alcanzó su máximo desarrollo, unida a una particular cosmovisión que no establecía las precisas distinciones entre el plano físico y el espiritual que hacemos en la actualidad (Naydler, 2003). La momificación se implantó durante el Imperio Antiguo, posiblemente como consecuencia de las nuevas prácticas de enterramiento en mastabas en lugar de fosas excavadas en el suelo. En estas tumbas más elaboradas los cadáveres, alejados ya del contacto directo con la arena del desierto, no se deshidrataban

bien, imposibilitando por tanto una momificación natural y haciendo necesario desarrollar un procedimiento artificial, basado en el uso del natrón (carbonato de sodio muy hidratado) para reproducir el mismo efecto desecante. No obstante, descubrimientos recientes señalan que los intentos de momificar los cuerpos de forma artificial pueden remontarse a mediados del Período Predinástico. El desarrollo de esta técnica de momificación continuó durante todo el Imperio Medio pero es durante el Imperio Nuevo, en concreto durante las dinastías XVIII a la XXI, cuando alcanza su mayor grado de virtuosismo, como demuestra el estado de conservación de las momias de esas dinastías. Es también durante ese período que la momificación se extiende a casi todos los estratos de la población.

El fin de la cultura faraónica no acabó, sin embargo, con la práctica de la momificación como elemento principal de los ritos funerarios. Ésta continuó durante el dominio greco-romano de hasta mediados del siglo IV d. C., aunque las técnicas y productos usados denotan un empobrecimiento que ha afectado, sin duda, a su preservación (Parra Ortiz, 2010: 41-78).

La momificación ha sido con todo una práctica singular pues, además de los antiguos egipcios, fueron escasas las culturas que llevadas por sus creencias religiosas, el culto a los ancestros o el prestigio social, la practicaron (tabla 1).

Tabla 1. Momias artificiales

Cultura	Localización geográfica	Periodo	Tipo de momificación
Chinchorro	Costa de Chile	7020-1110 a. C.	Varios tipos según periodo
Chavín	Altiplano al norte de los Andes, Perú	900 al 250 a. C.	Desecación
Escita (grupo Pazyryk)	Siberia	400 a. C.	Sublimación
Momias de la dinastía Han	China	206-220 a. C.	Natural inducida
Indígenas de las Islas Canarias	Islas Canarias	300 al 1500 d. C.	Desecación con sustancias naturales
Indios Shuar (Jíbaros)	Amazonía del Ecuador y Perú	Tradición ancestral no practicada en la actualidad	Cabezas trofeo
Nazca	Nazca, Perú	100 al 600 d. C.	Cabezas trofeo
Moche	Costa norte del Perú	100 al 800 d. C.	
Ibaloy	Isla de Luzon, Filipinas	1200 al 1500 d. C.	Desecación con humo
Maoríes	Nueva Zelanda	-	Cabezas trofeo
Monjes budistas	Japón	1900 d. C.	Auto deshidratación

Embalsamamiento

El término embalsamar es sinónimo de momificar, y a los cadáveres embalsamados se les conoce también como momias. No obstante, esta es una expresión más moderna que se ha aplicado fundamentalmente a los procedimientos desarrollados durante el siglo XIX para preservar los cadáveres mediante la introducción, inyección o inmersión en sustancias balsámicas o compuestos químicos, cuya finalidad era la de evitar la putrefacción bacteriana. Los cuerpos embalsamados siguen descomponiéndose aunque a un ritmo más lento, por lo que pueden necesitar nuevas aplicaciones del tratamiento.

¿Cuál es el valor¹ de las momias?

Las momias fueron una vez seres humanos con una historia hecha de vivencias propias, que cuando les abandono el hálito de la vida se transformaron en soportes materiales de comunicación cultural. En ese momento, y al igual que otros tantos objetos de nuestra cultura material, se convirtieron en significantes con un significado susceptible de cambiar a lo largo del tiempo en base a los modos culturales imperantes. No es el rol que tenían en el contexto en el que se originaron (ritos mágico-religiosos, prácticas funerarias, culto a los ancestros) lo que les da su significado actual, sino el que detentan como elementos integrantes de una cultura contemporánea global que las asocia a nuevos valores y contextos (Pearce, 1992). Los museos han contribuido activamente a esta construcción cultural, al ser instituciones creadoras y, sobre todo, validadoras de significados, confiriéndoles incluso un valor económico aunque éste no siempre se estipule en cifras o explícitamente (Pye, 2001: 62). Es en este proceso de adscripción de significados auspiciado por los museos donde los conservadores-restauradores participan de forma activa, como veremos en el apartado 1.4, por lo que es importante que tomen consciencia de las implicaciones de sus actuaciones (Pye, 2001: 61; Cane, 2009: 163-176).

¹En este manual usamos el término valor con el sentido recogido en el diccionario de la Real Academia Española de: «alcance de la significación o importancia de una cosa», que nos sirve indistintamente para describir que algo posee cualidades positivas y estimables que lo hacen deseable por parte o todo el conjunto de la sociedad. Y en nuestra sociedad las cosas significativas tienen un valor económico.

Entre los nuevos valores (Muñoz Viñas, 2005: 45-64; Russell; y Winkworth, 2001, 2010) atribuidos a las momias podemos señalar:

Valores artísticos

La momificación artificial estuvo, salvo excepciones, reservada a los individuos socialmente más relevantes o de mayor poder adquisitivo², por lo que en la elaboración de su ajuar funerario se usaron los materiales más nobles y se emplearon a los artesanos más hábiles. Las momias se enterraban así con sus mejores vestimentas y sus ornamentos personales más ricos, en ataúdes profusamente decorados o en coloridos fardos, elementos todos ellos indisolubles del cadáver y que son –cuando han llegado hasta nosotros– una muestra inestimable de la destreza manual y la extraordinaria sensibilidad artística de los artesanos de esa cultura. Muestra de esta excelencia son los sarcófagos de madera policromada del Imperio Nuevo, los retratos hiperrealistas que exhiben algunas de las momias del periodo grecorromano, los tejidos con una intrincada decoración geométrica de los fardos funerarios de las momias Paracas o la colorida indumentaria de las momias de Tarin Basin en China.

Algunos de estos cuerpos momificados pueden ser incluso, despojados ya de todo elemento ajeno al propio cuerpo, estéticamente impactantes como es la momia de un jefe escita que conserva los tatuajes que decoraban la mayor parte de su cuerpo, los tatuajes rituales que presenta la Señora de Cao o la serena belleza de la momia de Tiye, abuela de Tutankhamon.

Valores históricos

Las momias están asociadas a necrópolis, lugares sagrados o personajes históricos. Es el caso de «Juanita», una adolescente inca sacrificada ritualmente en el Nevado de Ampato que se momificó de forma natural por congelación o de la momia de Ramses II, uno de los faraones más notables de Egipto tanto por sus logros territoriales como por la profusión de templos y otros monumentos que erigió durante su dilatado reinado. Además las momias ilustran formas de vida y

²En Egipto a partir del Imperio Nuevo también se momificaron individuos pertenecientes a otros estratos de la sociedad, como es el caso de los artesanos del poblado de Deir-el-Medina.

creencias ya desaparecidas no sólo de los estamentos sociales más privilegiados, sino de individuos comunes, como sucede con las momias de los «artesanos de la muerte» halladas en la necrópolis del poblado de Deir-el Medina (Estrada Laza, 2001) o las momias Ūrümchi (Wayland Barber, 2001). Esto unido a su rareza –que explica en parte la enorme fascinación que ejercen en el público– hace de ellas objetos con un elevado potencial educativo incluso cuando su papel histórico haya sido irrelevante o se desconozca su procedencia (Russell; y Winkworth, 2001: 45).

Valores científicos

Las momias son una importante fuente de información sobre el pasado, sobre todo por su relación con los aspectos más intangibles de la enfermedad, la higiene, la muerte, o los rituales y creencias religiosas, que dejan –cuando lo hacen– escasas evidencias en el registro arqueológico. Su enorme potencial científico, hace de este su principal valor, en especial entre los investigadores.

Cuando se ha dispuesto de fuentes escritas, como es el caso del antiguo Egipto, el estudio de los restos momificados ha permitido corroborar o completar su información sobre las técnicas de momificación, los rituales funerarios o la biografía del individuo en cuestión. Cuando estas fuentes no existen o son muy fragmentarias, ha esclarecido las técnicas empleadas en su preservación o ha ayudado a detectar variaciones en el tiempo en relación con cambios sociales, crisis económicas o influencias culturales externas (Coorcoran; y Svoboda, 2010: 28; Arriaza, 2003). Asimismo, la aplicación de técnicas analíticas ha llevado a descubrir la incidencia de muchas patologías antiguas y como se enfrentaban, el tipo de dieta alimentaria, o las causas de la muerte entre otros temas (Actas, 1992; Rabino Massa, 2005; Atoche Peña, 2008; David, 2008). En los últimos años, y gracias a los avances en el análisis de ADN, se ha podido determinar las relaciones de parentesco dentro de una misma familia (Hawass, 2010) o entre poblaciones (López Armenta, 2008: 251-258; Rodríguez Martín; y Martín Oval, 2009).

Valor socio-cultural y simbólico

Las momias más que otros objetos son para el imaginario popular ricas en significado. Quizás por ese

motivo algunas oligarquías políticas y élites intelectuales han convertido este patrimonio en símbolos de identidad cultural, pues pueden servir a un doble propósito no siempre exento de contradicciones. Por un lado, pueden ayudar a crear lazos de continuidad de determinados grupos socio-culturales con el territorio que ocupan o con un pasado percibido generalmente como más esplendoroso –en términos de logros militares, tecnológicos o arquitectónicos– a través del concepto de «ancestros».

«Nations and individuals habitually trace back their ancestry, institutions, culture, ideals to validate claims to power, prestige and property» (Lowenthal, 1995: 53)³.

Estas reivindicaciones son a menudo controvertidas pues se fundamentan en hechos históricos o científicos elaborados, reconstruidos e interpretados desde y para ajustarse al presente. En cualquier caso, verdaderas o falsas, manipuladas o no la contemplación de una momia nos conecta mejor con el pasado que unos hechos históricos desnudos (Lowenthal, 1998: 139) o unos análisis de ADN.

Por otro, pueden facilitar la inserción de estos grupos dentro de una cultura global poseedora de un lenguaje simbólico propio. No es suficiente con reclamar una identidad que nos diferencie de los otros, es necesario que al hacerlo nos situemos dentro de un marco cultural de referencia donde estén establecidas las relaciones de poder y sus esferas de influencia socio-cultural. En este sentido el museo es una de las instituciones que más ha colaborado en este proceso mediante representaciones jerarquizadas del mundo –que no son otra cosa que una emulación de las estructuras de poder de la cultura occidental– y la difusión de este lenguaje simbólico instituido desde los estamentos de poder (Prösler, 1996).

Hasta aquí hemos hablado de los distintos valores dados a las momias de forma colectiva. No obstante, no podemos olvidar que la percepción de un objeto es, en último término, una experiencia individual, de forma que los significados adscritos por la sociedad o la cultura se ven entremezclados con sensaciones, emociones y memorias personales que los enriquecen a la par que los transforman (Muñoz Viñas, 2005: 49).

³«Las naciones y los individuos habitualmente remontan sus ancestros, instituciones e ideales hacia atrás, para dar validez a sus reivindicaciones de poder, prestigio y propiedad», traducción de la autora.

Por ello, creo importante señalar que las momias despiertan otros sentimientos además del interés por conocer el pasado o la fascinación ante una persona muerta que, de alguna forma, ha logrado sustraerse a la descomposición que nos devuelve al polvo.

Para muchos arqueólogos, antropólogos físicos, historiadores, paleopatólogos son un gratificante estímulo profesional pues su examen científico siempre proporciona nuevos ítems de información. Para los responsables de su conservación suponen casi siempre un reto apasionante, porque mantenerlas en buenas condiciones es una tarea compleja que requiere de toda su capacidad para determinar cual es la estrategia de intervención más adecuada y, lo que es más importante, obtener los recursos necesarios para su ejecución. A las momias se les puede tomar afecto.

¿Cómo ha variado el valor de las momias a lo largo de la historia?

En el relato que hace José Miguel Parra (2010) de las vicisitudes sufridas por las momias egipcias podemos ver reflejados los variados significados que estas han tenido a lo largo de su dilatada historia.

20

Las momias comienzan siendo objeto de una gran veneración a la par que de una ávida codicia, no por sí mismas, sino por los tesoros que las acompañaban en forma de amuletos y ajuar funerario.

Los antiguos egipcios creían que una persona estaba constituida por distintas entidades: el Rem (su nombre), el Sheut (su sombra), el Ib (su corazón)⁴, el Ba, el Ka y el Akh cuya existencia, aunque hasta cierto punto independiente, era a su vez inseparable de las demás. El Ba sería para la mentalidad occidental lo más próximo a un alma, el reflejo de la personalidad de un individuo. El Ka es como el doble de una persona y representaba lo que había de esencia divina en ella, esencia que emana directamente de sus ancestros. Ambas entidades estaban destinadas a reunirse para convertirse en un Akh, el alma justificada que renacía para compartir su destino con el de los dioses y el resto de las almas inmortales. El cuerpo era el contenedor físico de todas esas entidades. De ahí la importancia que tenía la preservación del cadáver, pues este era una parte esencial en el viaje que

emprendían todos los difuntos por el mundo de ultratumba (Duat) hasta alcanzar la condición de alma justificada (Champdor, 1982).

La momificación tenía su parangón en el mito de Osiris. Este dios, hijo de Nut, la diosa del cielo, y Geb, la tierra, fue el primer faraón de Egipto. Su hermano Seth, envidioso, lo asesina y arroja su cuerpo en pedazos al Nilo. Isis su esposa-hermana lo busca desesperadamente durante días hasta que lo encuentra en Abydos. Aquí, ayudada por el dios Anubis, lo embalsama y mediante sortilegios consigue devolverle la vida. Isis transformada en milano consigue yacer con su consorte revivido y engendrar a su hijo Horus, que más tarde vengará la muerte de su padre y se convertirá en faraón. Osiris comienza así una nueva singladura como soberano del reino de los muertos (Hart, 1990). Cada momia personifica por tanto las dificultades del dios en su camino hacia el renacer y la absoluta confianza en el mismo.

Los antiguos egipcios eran un pueblo profundamente religioso. No obstante, y pese al papel esencial que tienen los cuerpos momificados en las doctrinas sobre el renacimiento y en los ritos funerarios, sus sepulturas fueron desvalijadas y sus cuerpos mancillados ya en tiempos predinásticos. El intricado trazado de los corredores que conducen a la cámara funeraria, los rastrillos de piedra o las advertencias y maldiciones escritas en las paredes nunca detuvieron a los ladrones. Tampoco las torturas a las que se veían sometidos durante los interrogatorios cuando se los sorprendía o a la muerte por empalamiento si se los encontraba culpables. Estos no se contentaron solo con llevarse el ajuar depositado para el confort del difunto en su nueva vida, o en sacar su momia del sarcófago y arrancarles los vendajes para despojarla de sus joyas y amuletos, sino que en muchas ocasiones se ensañaron con ella desmembrándola o quemándola.

El lucrativo negocio del saqueo de tumbas aumentaba en los momentos de crisis económica y de debilitamiento del poder del faraón, como se recoge en los papiros Leopold II, Abbot o Mayer B de finales del Imperio Nuevo, participando en el mismo tanto bandas organizadas de ladrones, como funcionarios y sacerdotes corruptos.

La usurpación de tumbas fue otra práctica habitual que despojó a muchas momias de su morada eterna. Así durante el Imperio Nuevo tenemos la ocupación de Ramses VI de la tumba de su sobrino y predecesor Ramses V en el Valle de los Reyes; o la reutilización

⁴Los ojos, la boca, las extremidades y el estomago también eran vistos como entidades semi-independientes, por lo que podían manifestarse como expresiones de los deseos o estados de ánimo de una divinidad.

de tumbas en la necrópolis del poblado obrero de Deir-el Medina, en este caso debido probablemente a la falta de espacio (Estrada Laza, 2001). Las momias desalojadas sólo podían aspirar, con suerte, a observar desde el rincón al que se las arroja como su ajuar cambiaba de propietario y su nombre borrado.

Las autoridades egipcias, y en particular los sacerdotes encargados de los cultos funerarios, no permanecieron de brazos cruzados ante este expolio sino que intentaron ponerle remedio. Así, por ejemplo, a principios del siglo X a. C. los sacerdotes de Amon en Tebas se dedicaron a reagrupar la mayor parte de las momias del Valle de los Reyes y el de las Reinas que habían sido víctimas del pillaje con el advenimiento del Tercer Periodo Intermedio. Se vendaron aquellas que habían sido desvendadas, se les pintaron nuevas cartelas de identificación para sustituir a las que la habían perdido, se acomodaron las que se pudo en sarcófagos y se recolocaron en tumbas invioladas. La tumba de Pinedjem II, sumo sacerdote de Amon, terminó acogiendo a más de 50 momias, entre faraones, sus reinas, familiares y altos funcionarios, con dataciones que van desde el Imperio Antiguo al Nuevo. Esta tumba permaneció inviolada hasta mediados del siglo XIX en que fue descubierta por azar.

Durante la Edad Media las momias vuelven a revalorizarse, esta vez como panacea. En tiempos del Imperio Romano el bitumen o asfalto alcanzó cierto prestigio como medicamento. Al ser una sustancia escasa en la naturaleza, pronto se vio suplantada por el polvo de momia cuyo aspecto y consistencia lo hacían un sustituto apropiado. Las resinas oxidadas que impregnaban los vendajes de lino adquirían un aspecto y consistencia similar al bitumen, cuando no era ésta la sustancia usada en algunas momias grecorromanas. El polvo de momia terminó por adquirir un prestigio propio en Europa. En consecuencia, su elaboración y exportación se convirtió en un lucrativo negocio que llevó incluso a la falsificación de la materia prima: se horneaban cadáveres de personas recién fallecidas para hacerlos pasar así por momias antiguas. Su uso como medicamento decae poco a poco hasta desaparecer en el siglo XVIII (Aufderheide, 2003: 515-518).

Durante este siglo las ideas de la ilustración van a proporcionar nuevos usos y significados a las momias. Ya no se quieren reducidas a polvo sino enteras y en buen estado, como trofeos de la expansión colonial europea o curiosidades de los «otros». Los viajes transoceánicos de exploración iniciados a finales del

siglo XV habían puesto a los europeos en contacto con otras momias como las canarias y las latinoamericanas, pero es ahora cuando estos exploradores y viajeros ilustrados muestran un interés concreto en ellas. En Canarias las primeras noticias sobre el hallazgo de cuevas conteniendo restos momificados aparecen durante este siglo (fig. 2). Algunos de los especímenes encontrados fueron llevados a la península, Francia o Inglaterra como regalo de reyes o personajes relevantes de la nobleza para engrosar sus colecciones privadas. Es el caso de la momia regalada al monarca español Carlos III o la que perteneció al Conde Chastenet de Puysegur (Mora Postigo, 1992; Rodríguez Martín, 1992). Algunas pasaron también a engrosar las colecciones de universidades y sociedades científicas, como la momia de una mujer que el capitán Young lleva a Cambridge (Farrujia de la Rosa, 2008).



Figura 2. *Sempulchral cave of the Guanches*. Middleton. Siglo XVIII. Colección particular.

Las momias empiezan también a adquirir, al igual que otros restos arqueológicos, valor como evidencias físicas del pasado. Este valor está en relación con la nueva concepción de la historia como el paradigma de la inexorable tendencia de la humanidad hacia la civilización y el progreso. Una predisposición al progreso que, aunque innata, varía en función de las capacidades naturales de los pueblos y que justifica, en aras del mismo, el dominio de los menos competentes. De ahí la importancia que adquiere establecer el papel de cada grupo cultural en el devenir histórico. En el siglo XIX el análisis morfológico de los restos humanos proporcionó un abundante material para alimentar las tesis defendidas por la raciología y el evolucionismo por lo que su estudio adquiere un mayor predicamento (Estévez González, 2007). Así las momias egipcias se desvendan en gran número para proceder a su disección anatómica; los cráneos

y momias de los antiguos canarios se coleccionan con entusiasmo, enviándose muchas a Europa para engrosar las colecciones de distintos museos y las momias americanas se comienzan a ver como algo más que curiosidades de la naturaleza (fig. 3).

No obstante, la aparición de métodos de análisis más precisos y sofisticados a lo largo del siglo XX será lo que permita dar una verdadera orientación científica a este tipo de investigaciones, que se emprenderán a partir de ahora desde una perspectiva multidisciplinar y a medio-largo plazo. El Museo de Manchester fue pionero en la aplicación de este tipo de enfoque. En 1908 la egiptóloga Margaret Murray reunió un equipo de especialistas en anatomía, química y textiles para estudiar dos momias de la colección conocidas como los «Two Brothers». Estos hermanos, procedentes de una necrópolis del Imperio Medio, fueron desvendados y diseccionados ante una audiencia, al más puro estilo decimonónico, pero en esta ocasión con unos objetivos científicos concretos. Ya en los años setenta Rosalie David pone en marcha, al ser contratada como conservadora de egiptología, un proyecto de investigación –Manchester Museum Mummy Project, 1979– con el fin de reexaminar la amplia colección del museo (David, 1979; 2008). Este proyecto, que dura ya tres décadas ha ayudado a mejorar los métodos de análisis radiológico, ha implantar procedimientos de examen no destructivos como la endoscopia –que permite a su vez la toma selectiva de muestras histológicas– y a impulsar la creación de un Banco Internacional de Muestras de Tejido de Momias Egipcias (International Egyptian Mummy Tissue Bank). También se ha logrado extraer ADN humano para su análisis y se está intentando conseguir ADN de los parásitos que infestaban algunas de estas momias.

Otras investigaciones multidisciplinarias han sido la emprendida para la conservación de la momia de Ramses II (Balout; y Roubet, 1985) y el Lindow Man (Stead, Bourke; y Brothwell, 1986) en los años ochenta, el proyecto «Cronos» para el estudio de las momias guanches en los noventa (VV. AA., 1992) o el de Otzi, el hombre de la edad de bronce congelado en los Alpes italianos (Spindler, 1994).

La información obtenida con el estudio científico de momias depositadas largo tiempo atrás en un museo, con escasas o ninguna referencia a su contexto arqueológico, ha puesto asimismo de manifiesto la enorme importancia que tiene su conservación, y no sólo con fines expositivos o educativos. Todavía en la primera mitad del siglo XX muchos restos momificados



Figura 3. *Caverne des Guanches*. Louis Marvy. 1850. Colección del Museo de Historia de Tenerife.

acabaron en la basura, demasiado insignificantes o deteriorados para considerarse valiosos, o «perdidos» en algún almacén polvoriento tras su hallazgo; restos que hoy podrían haber aportado nuevos datos o ayudado a establecer filiaciones. Los beneficios de una adecuada preservación, apoyados en una tecnología cada vez menos intrusiva, han ayudado también a desterrar antiguas prácticas como el desvendar o las autopsias, a limitar la toma de muestras o a mejorar su manipulación.

Desvendar momias, no siempre se hizo con motivos estrictamente científicos. En el siglo XIX se puso de moda «desvelar» en toda su morbidez los cuerpos que se ocultaban tras estos vendajes tanto para ilustrar conferencias sobre egiptología o disección médica, como amenidad en las veladas de la alta sociedad. Algunos de estos espectáculos tuvieron un carácter más popular, pudiéndose acceder a los mismos previo pago de una entrada (Steiner, 1998). En Estados Unidos desvendar momias egipcias compartió popularidad con las exhibiciones ambulantes de los cuerpos embalsamados de ajusticiados (Conlogue *et al.*, 2005: 290-295).

La ocupación de Egipto por las tropas napoleónicas inauguró una auténtica megalomanía por la antigua civilización faraónica. El Nilo se convierte en uno de los destinos turísticos de este grupo social, no solo por la templanza de su clima sino por la magnificencia de sus templos y necrópolis. Las momias se convirtieron así en un deseado souvenir, en la prueba material de que se ha realizado el viaje. El expolio de las tumbas aumentó por tanto considerablemente, pero al ser la demanda superior a la oferta se recurre a la falsificación. No es algo nuevo para los egipcios, que ya habían recurrido a la falsificación desde tiempos grecorromanos ante la enorme solicitud de los fieles de momias de animales para su uso en los rituales de los templos.

Y no sólo en Egipto se podían conseguir momias. A Leopoldo II, archiduque de Austria, le regalaron un cráneo guanche durante su visita a Tenerife en 1859, prometiéndole, además, una momia para su museo particular; momia que se habría llevado si el gobernador civil no hubiera intervenido en el asunto (Jiménez, 2001: 125).

Estévez clasifica también de *souvenirs* los objetos recolectados en las exploraciones científicas, con la única diferencia de que estos últimos al estar destinados a museos y universidades se insertan en un ámbito público.

«Unos y otros se insertan en los mismos procesos de exotización, apropiación cultural y dominación que caracterizaron a la expansión colonial europea» (Estévez González, 2008: 2).

Especialmente interesante es el valor dado a algunas momias como símbolos de identidad cultural. El caso de las momias guanches⁵ es un ejemplo de esta utilización. A partir de la segunda mitad del siglo XIX una serie de intelectuales oriundos de las islas, pero académicamente formados en el exterior, se consagraron a la tarea de rastrear los orígenes de los canarios. Su objetivo era forjar, en consonancia con las tesis del nacionalismo romántico, una identidad propia, distintiva de la nacional, pero enraizada en la historiografía occidental. En consecuencia, estos orígenes se sitúan en las gentes que habitaban el archipiélago con anterioridad a la llegada de los castellanos en el siglo XV (Estévez González, 1987).

El estudio de los restos antropológicos, y por ende de las momias, mediante el único método científico disponible en ese momento, la morfología, tuvo un papel destacado en esta construcción. Primero, porque se adaptaba bien a las teorías de la raciología y el evolucionismo. Segundo, porque permitía explicar, en cierta medida, la simplicidad de su cultura material puesta de manifiesto en el escaso registro arqueológico y en las descripciones hechas por los cronistas. La causa no estaría así exclusivamente en condicionantes raciales⁶ sino en el aislamiento geográfico sufrido por los aborígenes, que los había apartado de las corrientes evolucionistas que propulsaron la civilización en otras zonas de Europa. En esta línea de pensamiento la práctica de la momificación señalaba una conexión con la antigua civilización egipcia, a la par que demostraba que aunque un pueblo sencillo en sus manifestaciones materiales era espiritualmente elevado. Pese a los denodados intentos de estos intelectuales por construir unos orígenes basados en sólidas evidencias científicas, estos estaban condenados al fracaso. Los prejuicios etnocentristas que impregnan sus métodos excluían, por principio, cualquier

⁵La denominación de guanche se refiere a los aborígenes de la isla de Tenerife, aunque su uso se haya extendido a los habitantes de las otras islas que se denominaban a sí mismos con otros nombres.

⁶Se intentó identificar a los aborígenes canarios con la raza de Cro-Magnon y, a partir de este tipo racial, conectarlos con razas indoeuropeas como la aria.

manifestación cultural foránea. La mitificación del guanche era por tanto inevitable.

Aunque las reivindicaciones identitarias apenas calaron en la población, sí lo hicieron los mitos en torno a los guanches como descendientes de atlantes o vikingos, entre otros. Para muchos los cabellos decolorados de las momias eran una prueba de esta filiación.

En la segunda mitad del siglo xx se intenta gradualmente cambiar esta imagen idealizada del guanche por una basada exclusivamente en las evidencias científicas aportadas por la bioantropología. El Museo Arqueológico de Tenerife jugará un papel relevante en este cambio de enfoque. En un principio débilmente, conduciendo algún trabajo multidisciplinar, como el estudio de una momia hallada en el barranco de Jagua que permitió descubrir, mediante el análisis de su contenido intestinal, elementos desconocidos de la dieta aborigen (Diego Cuscoy, 1960) o facilitando el estudio de su amplia colección de restos humanos. Esta colección va a servir de base a investigaciones realizadas tanto por antropólogos físicos empeñados en continuar alimentando las tesis de la raciología, como investigadores del campo de la medicina interesados en determinar las paleopatologías presentes en la población aborigen (Rodríguez Martín; y Martín Oval, 2009: 25-44). Más tarde, ya en la década de los noventa, de forma decidida implementando el proyecto «Cronos» de investigación e impulsando la creación de un Instituto Canario de Bioantropología, las momias pasan a ser el objetivo prioritario de estas investigaciones, a la vez que se les da una mayor relevancia dentro del discurso expositivo. Se persigue con ello no sólo convertirlas, a imitación de otros museos, en las piezas estrella de la colección –las momias tienen un incuestionable atractivo para los visitantes– sino en símbolos de la identidad cultural canaria. Esta transformación en símbolos ha estado amparada por el partido nacionalista en el poder que ha apoyado, cuando no propulsado, las reivindicaciones para restituir las momias que se encuentran fuera de la isla. Así, en el 2004 se recuperan dos de las momias del antiguo Museo Casilda que habían sido vendidas y llevadas a Argentina en 1889, y en el 2011 se restituyen los restos de tres momias depositadas en el Museo Reverte. Además, se han presentado diversas iniciativas parlamentarias –1991, 2004, 2005 y 2006– solicitando la devolución de la momia expuesta en el Museo Nacional de Etnología (Sagastume, 2005; Martín, 2007; Pomares, 2007; Reirez, 2008; EFE, 2009; Redondo, 2011; EFE, 2011).

En palabras de Ricardo Melchor, presidente del Cabildo Insular:

«Una momia es el cadáver de un ser humano antes que un objeto de museo, y todo ser humano tiene derecho a descansar en su tierra» (ABC, 2006).

En las momias guanches conviven, por tanto, dos significados antagónicos sin conflicto aparente. Por un lado, se consideran importantes evidencias materiales –objetos– para el conocimiento de la cultura aborigen y, por otro, los antepasados –sujetos– fundamento de memorias colectivas y merecedores de respeto.

En contraposición al discurso político y museístico, los sentimientos de la población son más ambiguos (Meneses Fernández; García Morales; y Estévez González, 2005). Mientras muchos ven en los guanches a sus ancestros o, como mínimo, reconocen la importancia de las momias como símbolos culturales universales, otros se resisten críticamente a esta manipulación política o viven el debate con indiferencia⁷.

¿Por qué conservamos las momias?

En síntesis, ya sea como objetos de veneración, *souvenirs* coloniales o evidencias etnohistóricas, las momias tienen un extraordinario potencial para transmitir mensajes culturales diversos. Esto las convierte en merecedoras de ser preservadas porque, según Muñoz Viñas (2005: 62-63), lo que califica a un objeto como conservable no es su adscripción cultural o histórica, su calidad artística o su antigüedad, sino los significados simbólicos que lleva implícitos y/o su valor como evidencia.

Los museos tienen –como ya adelantamos en el apartado 1.2 de este volumen– un papel crucial en esta construcción de significados simbólicos, pues entronizan un modelo occidental de entender la cultura basado en lo material. Los objetos que

⁷El debate sobre la restitución de la momia de Madrid se siguió ampliamente en las redes sociales a nivel insular. Disponible en: <http://mangasverdes.es/2006/06/15/el-curioso-caso-de-la-momia-guanche-de-salamanca> <http://www.historiayarqueologia.com/profiles/blogs/momias-guanches-escriturae-publicae> <http://cibern-ethica.blogalia.com/historias/66893> o <http://www.facebook.com/group.php?gid=160888495962> borondonia.blogalia.com. [Consulta: 20 de julio de 2011].